Año V—Epoca II — La Plata, 1ª quincena de Noviembre de 1922 — Núm. 85

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Intolerancia

Sufrimos esclavitud y miseria porque toleramos. Nos humillan los soberbios, nos explotan los señores, nos asesinan y nos encierran los sicarios, porque toleramos.

Veinte siglos ha que la religión cristiana nos enseña tolerancia y resignación, como medio profícuo para acabar con la maldad de los malvados, para hacer posible una vida armónica entre lobos y corderos.

Eso es lo que se ha querido hacer con la tolerancia: justificar la conducta y razón de ser de los amos y de los verdugos, de la explotación y de la tiranía, para que la víctima aceptara resignadamente su triste destino.

No han sido las víctimas las que han predicado la tolerancia como suprema virtud y nobleza de los que sufren iniquidades; son los victimarios los que propagan el respeto y la tolerancia, los que con sentido práctico gozan alegremente de esta vida, y prometen, en cambio de nuestra sumisión, eternos goces en el paraíso, «en la vida de después de la muerte».

Pero a nosotros, esclavos del siglo veinte, que no nos conformamos con el paraíso prometido generalmente por los señores, y que hacemos los mayores esfuerzos para librarnos de las garras sangrientas del capital y el Estado, nos resulta graciosa la hipocresía de los amos, cuando nos hablan de tolerancia y armonía, mientras nos desuellan vivos.

Sabemos muy bien que en el hombre el instinto de dominación se manifiesta con mayor fuerza que ningún otro instinto, y que, por lo tanto, la tolerancia no solo no acaba con la injusticia, sino que hace posible y crea esa injusticia.

Así nosotros, que comprendemos que el origen de la injusticia es la tolerancia, nos rebelamos contra el despotismo de los amos. E intolerantes y decididos, nos aprestamos a la lucha, para arrancar a los privilegiados nuestros derechos usurpados inícuamente.

Para ser libres y dueños de nuestro destino, es necesario una constante intolerancia contra todo lo que sea perjudicial a nuestra vida, contra todo lo que atente a nuestra libertad.

REMEMBER R.

Buenos Aires.

"Hacia la dicha"

La Biblioteca Anarquista Comunista. «La Ciencia Social», consecuente con sus propósitos de editar quincenalmente folletos de propaganda, como asimismo de realizar conferencias de igual índole en los distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires, acaba de publicar el poco conocido folleto de Sebastian Faure, cuyo título es el que sirve de epígrafe a estas líneas. Este folleto se vende a diez centavos cada uno. Ha pensado también la citada Biblioteca, hacer una gran edición, (cien mil ejemplares) del folleto titulado, «Para los que no son anarquistas». Y ya ha puesto manos a la obra, con tal objeto.

Como se vé, nadie se duerme en la pelea. Todos y en todas partes trabajan duro y parejo contra la sociedad burguesa.

La correspondencia debe ser dirigida a Emilio Dalbosco, Centro Libertario «Los hijos del amor», calle José Martí núm. 844, Buenos Aires.

NUESTRO EDITORIAL

De la rebeldía y los rebeldes

Los anarquista somos rebeldes, sí. Es esta quizás la modalidad más resaltante de nuestra idiosincrasia; por ella nos profesa un sacro horror, una profunda repulsión, toda esa gente «sensata», torpe y acomodaticia, de instintos primitivos y gregarios, que constituye el principal sostén de la inícua y estúpida sociedad en que vivimos.

Pero nuestra rebeldía no es tan solo la actitud o el gesto del esclavo que cansado de sufrir el yugo, se levanta airado en ansias de liberación, ni es únicamente la reacción contra una injusticia o un insulto infamante que nos infieren. Estos son casos de rebeldía externa, determinados muchas veces por causas puramente biológicas y que suelen manifestarse hasta en los individuos más resignados y pasivos.

Para nosotros, la rebeldía tiene proyecciones mucho más amplias y trascendentales. Significa la oposición tenaz, consciente, *sistemática*, contra toda imposición absurda del ambiente, contra todo prejuicio hereditario, contra cualquier convencionalismo o mentira universalmente aceptados.

Es fácil, relativamente fácil, sublevarse contra el patrón que nos roba o el gobierno que nos tiraniza, pero es difícil, mucho más difícil, enfrentarse ante la opinión pública, desafiar al monstruo de cien cabezas que llaman *sociedad* y ejecutar un acto de verdad y de justicia, pero que ese monstruo condena con su desprecio implacable.

¡Cuántos hombres hay, capaces de soportar cualquier castigo, cualquier penuria física, pero que se rinden y aflojan ante la presión de esa dichosa opinión pública, aun sabiendo que esta no es más que imbecilidad colectiva! Los que tal hacen, no son rebeldes para nosotros, aunque hayan evidenciado gestos de rebeldía.

Lo son en cambio aquellos que no doblegan jamás sus principios ante ninguna presión externa, los que se niegan a ejecutar actos contrarios a sus convicciones, los que saben oponer un *¡No!* rotundo y terminante a cualquier propuesta de claudicación o renunciamiento, los que tienen ánimo para seguir adelante *¡a pesar de todo!*, es decir, a pesar de las derrotas, las decepciones o desalientos que sufren fatalmente todos los luchadores; en fin, los que no se adaptan nunca al ambiente vulgar, corrompedor que nos rodea.

Como se vé, semejante conducta no es nada fácil ni cómoda de seguir; pero por lo mismo es la que más cuadra a los individuos que pretenden perfeccionarse, elevándose por encima de la repugnante degradación en que viven las masas gregarias y amorfas. Y no tiene nada que ver con el concepto que erróneamente se ha esparcido acerca de la rebeldía y los rebeldes, según el cual se considera tales a los que son simplemente impulsivos, violentos o irascibles.

JACQUES.

LA HUELGA DE ALPARGATERAS

Por fin en La Plata hubo algo

¡La huelga!... ¡Sí, la huelga, el derecho nuestro que no lo sancionó ningún código, que no lo cimentó ningún sable de milico, que no lo predicó ningún ensotanado desde su vizcachera santificada por sus hartazgos! La huelga, el derecho a nuestra emancipación, la voz alzada hacia la libertad, la voluntad de más pan, más alegría, menos mentira, más felicidad para nuestros hijos, nuestros hermanos y compañeros, es lo que han afirmado, en decir franco y vibrante, las compañeras de la industria alpargatera, es lo que han hecho realidad en la lucha, así en el local como en el hogar y en la calle, las valientes compañeras que han constituido la Sociedad de Resistencia Obreras Alpargateras.

Decíos cómo nace una flor, cómo se abre un cáliz entre verjas, muros y escombros, cómo hace a un lado las zarzas y llena de perfumes y de pétalos el ambiente, y os explicaréis el por qué del movimiento huelguístico que hoy agita la ciudad de tranquilos burgueses que es La Plata.

¿Qué savia feraz animó ese tronco? ¿Qué idea germinatriz fecundó esas ramas? ¿Qué luminosidad ignota inundó de vida la planta que os llenó de esperanzas, pobló de flores, cargó de frutos? ¡Celeste misterio que anima las fuerzas vivas de la naturaleza, que las abre y empuja en vuelo raudo hacia la libertad!

Un buen día, un 15 de Octubre como tantos quinces del año, un núcleo de compañeras, cansadas de la explotación de los amos, que engordan sobre los miles y miles de puntadas que agobian las horas que deberían ser de eterna felicidad de las mujeres; un día, decíamos, se reunieron estas en asamblea deliberativa. Y así también, poco después, con el propósito de imponer al patronato sus derechos a una vida mejor, el 22 del mismo mes se pobló nuestro local, el de la Federación Obrera Comunista, con más de ciento cincuenta compañeras, hermanas, madres, hijas, que se agruparon en sociedad de resistencia, aprestándose para la batalla. En entusiastas asambleas, en que se unía al gesto decidido de las mujeres, la voz cálida, cargada de promesas de futuro y de vida mejor, de los hombres, las compañeras resolvieron presentar un pliego de condiciones; y veinticuatro horas más tarde, ante el aborregamiento e indecisión patronal—el miércoles 25 a las 3 de la tarde,—se lanzaron a la calle tras la victoria, a conquistarla pese a quien pese y acontezca lo que acontezca.

Los compañeros no cabíamos en nosotros mismos, de contento. Esas compañeras tan decidas, tan valientes, eran el más alto ejemplo, el más grande acicate para los que sufren, los que luchan, los que esperan y los que van a hacer que valga, con su tesón de precursores, otra sociedad más bella, basada en la comunidad de los intereses, sin más ley que el amor, sin más vínculo que la solidaridad.

La lucha final, aquella decisiva para la que nos aprestamos, barrerá con todas las malditas instituciones de la sociedad actual; y ninguno será perdonado: ni el burgués que explota, ni el gobierno que roba, ni el militar que mata, ni el policía que atropella, ni el cura que miente, ni los hombres que dominan, ni las mujeres despóticas, ni nadie, en fin, que maltrate, condene a la miseria y a la ignorancia a la santa niñez.

Compañeras Alpargateras: Gesto grande el vuestro, nos llena de entusiasmo y de esperanzas. ¡Adelante, pues, con todos los desheredados, a conquistar nuestra emancipación!

¡Viva la huelga! ¡Viva la solidaridad!

***

La huelga ha terminado con éxito para las obreras que, a pesar de ser mujeres y nuevecitas en este asunto, supieron mantenerse unanimemente decididas y entusiastas, y hasta aventurarse al gesto fuerte, masculino y rotundo, que en las peleas ha ido siendo tan echado al olvido por los propios hombres.

La última asamblea en la que se vivó al triunfo, tuvo sonoridades de yunque y de campana. Era el grito de júbilo del trabajo, despertado a la dignidad adquirida en el combate—único óleo virtual—precursando el ardiente ¡evohé! de alegría y amor, con que mañana, tras la revolución, aclamará a la vida libertada de males y coyundas.

En esta asamblea hicieron uso de la palabra una cantidad de compañeros. Dos chiquitas recitaron versos, y todos juntos, hombres, mujeres y niños, entonaron la canción de guerra y de esperanza: «hijo del pueblo, te oprimen cadenas»...

Y ahora, compañeras, mucho ojo, y a seguir afilando la herramienta, pues la rapacidad patronal no tiene límites y ha de vivir espiando la debilidad, para dar su golpe de uñas, su vuelto o su contrarresto.

Nuestros delegados

Es indiscutible y hasta cierto punto superfluo enumerarlo, que la principal misión de los delegados en jira que destacan al interior del país nuestras instituciones revolucionarias, es más que de organización y reorganización, de penetración anarquista en los «pajueranos», trabajadores, agrícolas en su totalidad. Pero la mayoría de los delegados, entiéndase bien—porque la excepción no hace la regla—que envían en jira de propaganda nuestras Federaciones, está muy lejos de llenar este cometido, tan ardientemente sentido en las campiñas argentinas, vírgenes en una gran extensión de toda manifestación anarquista.

Y qué lejos, qué lejos están también de llevar a la práctica su misión sindical de organización y reorganización obrera, y de atenuar en ciertas localidades el personalismo, colaborando en la obra de armonización entre los sectores que amenazan matar toda actividad y energía proletaria.

Sí, tampoco este cometido llenan, porque es tanta su ineptitud, que al llegar a una localidad se hacen eco de ciertas rencillas—que en el fondo no existen—de quienes poseen los sellos sindicales, elementos éstos, muchas veces, de dudosa moralidad, por su actuación legalitaria, de amorfismo y cobardía en los sindicatos obreros.

Se hacen eco, repito, de lo que esos elementos puedan decirles de este o del otro compañero, a veces, también, de conversaciones particulares y apreciaciones que un determinado camarada hace con respecto a nuestras cosas, dándose el caso de que la ignorancia sindical llegue al extremo,—gracias a la ineptitud de dichos delegados y de las instituciones que los destacan en jira,—de expulsar o colocar al márgen del sindicato a valiosos camaradas, así por su dotes intelectuales como por su actividad de militantes.

¿Por qué nuestras instituciones revolucionarias no tienen la precaución de designar para esas jiras, a elementos de más capacidad y penetración, dotados del total conocimiento del movimiento regional obrero y anarquista? ¿Acaso no los hay?

No podemos comprender, por qué sucede este anomalía. El espíritu de exhibición de muchos delegados que salen en jira, hace que éstos cometan macanas y más macanas, si algún compañero osa hacerles una observación a las series de «bolazos» que expresan, creídos de que los «pajueranos» no «manyan» nada y «tragan» o «embuchan» todo lo que ellos dicen. Pero es el caso que entre estos «pajueranos» suele hallarse alguno que no lo es, o alguno que sién-

dolo, no es sin embargo el torpe que ellos se presumen, y que «dentra» a meterle punto y coma a todas las macanas de nuestros delegados. Y ahí es donde comienzan estos a dar cabezazos como verdaderos matungos macetas y hasta se ponen irascibles, empezando a perorar en las localidades que continuan visitando, contra los compañeros que los atacaron, llegando hasta hacer referencias sobre la vida privada de estos, que no ha faltado quien se las soplara.

Esta forma de reptilismo, de bilis, de veneno que muchos compañeros delegados utilizan, produce un estancamiento, una anestesia, una desconfianza, un mal ambiente, para el normal desenvolvimiento de nuestros caros ideales. Y así sucede que toda la obra que realizan uno o varios camaradas, en una determinada localidad, obra de cultura y de afirmación de nuestras ideas entre el pueblo, viene a quedar destruida o desvirtuada por la que realiza un delegado inepto, con más ínfulas que un Gómez Carrillo, y que por venir representando a una institución tenida por seria y por responsable, suele ser escuchado con aceptación.

Hay que subsanar este mal que invade el corazón de nuestra propaganda. Y el remedio està en las manos de nuestras instituciones, que antes de destacar sus delegados en jira, deben mirar si tienen aptitudes para ello y de qué clase son esas aptitudes, pues para víboras, reptiles o insectos morbosos, ya tenemos bastantes con la burguesía, a la que estamos asestando el final y gigantesco mazazo.

JOSÉ CARDELLA.

Necochea.

Por los feudos de Berisso

En rigor de verdad, no hay punto donde haya sentado su bota el capitalismo, que no se siembre de barbarie, de odio, de intensas rebeldías. Berisso es en este sentido donde el capital ha impreso huella más profunda, donde la voracidad burguesa, se ha ensañado con terribles apetiteces de hiena, aplastando en su sed de oro, a toda esa falange de hombres, que edifican la riqueza de los poderosos.

Pesan sobre la población de Berisso las sangrientas jornadas del año 15, del 18 y últimamente la masacre de Santa Cruz, de la que han sido agentes directos los explotadores de los frigoríficos. La época de la partida de los trabajadores de Berisso a la Patagonia, se acerca, y la tragedia del último año, obliga a los trabajadores a aunar las fuerzas, a resolverse a no entregarse más como carne de fábrica o de metralla. Los compañeros del Sindicato de Obreros de Berisso y la Patagonia, han hecho un vibrante llamado a todos sus hermanos, a todos los que sufrieron la reacción que costara la vida a 1.200 compañeros; y a todos los que silenciaran su voz o acataran los mandatos del tirano, incitándolos a la unión, en defensa de su posición de hombres, de eso que es patrimonio de cada uno de nosotros: nuestra libertad contra la prepotencia de la burguesía y del Estado. Los compañeros quieren que su voz sea sentida por todos los que sufren en los frigoríficos de Avellaneda, Berisso, Las Palmas, etc, y que repercuta en el corazón de todos los hombres que sienten como en carne propia, la enorme injusticia de este régimen de vilipendio y extorsión. Asi tiene que ser y asi tenemos que hacer para que sea. Refieren los compañeros, la miseria moral y material que les agobia, y pintan el cuadro ignominioso de la esclavitud de las compañeras, a quienes los buitres del Swift quieren obligar a aliarse a la obra de prostitución que tiene a su cargo un llamado Club Feminista, que auspiciado por los patronos, ha surgido a servirles para sus lujuria, para sus bajos instintos de bestias.

La policía, como siempre, ha puesto todas sus refinadas mañas, secundando obra tan ruín, deteniendo a compañeros y presionando con la fuerza que le da su autoridad a todo aquel que se rebele contra ese estado de cosas, de prostitución, de supeditación del hombre al hombre, de tropelía, explotación y escarnio.

¡Por nosotros, por los nuestros, contra ellos, a luchar, compañeros! Los compañeros de Berisso cuentan—y hace rato de esto—con nuestra hoja, nuestra pluma, nuestra voz y nosotros mismos, en lo que sirvan y para lo que venga.

LA VIRTUD

Las monjas del convento criaban gallinas. Pero el gallo resultó tan casto, que hubo que matarlo y traer otro.

RAFAEL BARRETT.

POR EL AMOR

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS DE FRANCISCO A. GRECO

El compañero Francisco A. Greco, autor del presente drama, nos lo ha leído. Como por su fondo nos ha gustado, se lo pedimos para publicarlo en estas páginas. En cuanto el arte y la técnica, que juzguen otros, ya que nosotros no entendemos de estas cosas, ni podríamos decir nada tampoco, no habiendo sido aun representado. Está, pues, virgen de las tablas; y así, nuevo y simpático como una muchacha rozagante, lo entregamos a los compañeros para que lo fecunden cuando quieran... Por el amor.

IDEAS.

PERSONAJES

DON AGUSTÍN, 45 años, padre de RICARDO, 22 años, novio de ELBA, 18 años, hermana de REGINO, 22 años, y de DAVID, 10 años, hijos de DON NATALIO, 50 años y de DOÑA MANUELA, 45 años. GAULINDEZ, 50 años, empleado. NARCISO, 25 años, negro ordenanza. EMPLEADO 1º y 2º. Secretario del Departamento de Trabajo. Soldado 1º. y 2º. SARGENTO.

Derecha e izquierda, las del espectador

La acción en La Plata — **Epoca actual**

ACTO PRIMERO

La escena: patio de casa pobre; a la izquierda, habitaciones; a la derecha, cocina; casi al fondo cruza una tapia; en el centro, una puerta que da a la calle. A todo foro, perspectiva de barrio suburbano. Es el amanecer.

ESCENA I

Doña Manuela y Don Natalio

D. Natalio. — (Acicalándose junto al pozo. Doña Manuela sale de la cocina, trae unas tazas, pan, cubiertos, todo lo que coloca sobre una mesa que se halla junto a la cocina. Pausa) Y Requino... ¿no se levanta todavía?... (Acento genovés).

Doña Manuela. — Ya lo he llamado, pero, ya sabés, siempre regalón para levantarse....

D. Natalio. — ¡Eh.... claro!... Se vienen a dormir cuando se tienen que levantar....

D. Manuela. — Anoche han estado de asamblea....

D. Natalio. — ¡Eh..... asamblea!..... Sería mecor que se dequen de tanta historia ¿eh?.... Ma..... yo no me doy cuenta qué diablo quieren... Ante ayer le han presentado un pliego de condiciones a don Agustín.... Ma.... ¡están locos!.... ¡Están demasiado bien, como están!..... Yo no sé qué piensan.... qué pretenden... Ma están propiamente con la cabeza perdida... ¿eh?...

D. Manuela. — No creas, Natalio... ellos tienen sus razones....

D. Natalio. — Ma, qué van a tener, hombre. Es que hoy, la quente, toda la quente quiere ser rica.... todos quieren ser patrones.... Ma.... no puede ser, eso.... ¡imposible!

D. Manuela. — Pero si no puede existir eso de la igualdad, que dicen y que yo no entiendo, por lo menos los ricos, los grandes capitalistas, esos que tienen tanto dinero amontonado, que hagan que los pobres, los que los enriquecen, puedan vivir mejor....

D. Natalio. — ¡Eh!.... ¡Demasiado bien viven!.... Es que nunca están conforme ¿eh? Lo que hay es que abunda la poca gana de trabacar.... Ma, peró ¿no se levanta, ese?

D. Manuela. — (Se dirige a la segunda habitación, izquierda, y llama a golpes con la mano) Che, Regino... levantate, mi hijo... Se te hace tarde... (Pausa).

D. Natalio. — Eso es... ¡qué lindo!.... Ahora una nueva: ya no se contesta.... ¡qué lindo!

D. Manuela. — Es extraño.... porque no.... (Don Natalio se pone una blusa y el sombrero).

D. Natalio. — ¡Eh!..... ¡Cállese, hombre! ¡Osté tiene la culpa porque le tolera sus impertinencias!

D. Manuela. — Pero Natalio, por Dios..... El que se está poniendo insoportable sos vos....

D. Natalio. — ¡Eh, claro!.... Eso es seguro... ¡Siempre soy yo el que habla lo que no debe y lo que no sé!.... ¡Eh, claro!.... Bueno, bueno... deme un poco de café, que ya se hace tarde.... (Doña Manuela entra en la cocina. De primera izquierda sale Elba y David; ambos vienen trayendo una máquina de coser. Doña Manuela vuelve con la cafetera y sirve a Don Natalio. Este se sienta y engulle).

ESCENA II

Dichos y Elba y David

David. — Y bueno, entonces es como yo te digo: treinta centavos de hilo, cuarenta el embutido, dos pesos el raso y uno diez el pekin de seda, son cuatro pesos....

Elba. — Es claro, no sos tonto para sacar cuentas.....

David. — ¿Por qué no la sacás vos?

Elba. — Pero mirá: dos pesos el raso y uno diez el pekin, son tres diez, y cuarenta el embutido, tres cincuenta, y treinta el hilo, tres ochenta....

David. — Y veinte de comisión, cuatro pesos...

Elba. — ¡Ah! conque la comisión ¿eh?....

David. — ¡Y nó! ¿Te crés que lo voy a hacer por amor al arte?

Elba. — Bueno, tomá, pero a no olvidarse ni a traer garbanzos por aceitunas, ¿eh?

David. — Perdé cuidado.... (a Doña Manuela) Mamá, el café.....

D. Manuela. — Ya está servido.... (David engulle. D. Manuela se une a Elba).

David. — ¿Ha visto, papá? Don Cayetano me dijo que si sigo así, portándome bien como hasta ahora, este mes me paga con cinco pesos de aumento.

D. Natalio. — ¡Eh.... eh! Osté no diga nunca nada... Trabaque bien e fuerte, cumpla con su obligación, e va a ver que no va a precisar que osté le pida nada al patrón. Cuando un operario es bueno, no se tiene que molestar en hacer pedido.... Tiene su recompensa en cualquier momento.

David. — Así me dijo él también.... ¡Qué bueno es Don Cayetano! Ah! pero a los que pierden el tiempo sin necesidad, o andan con pretensiones en el trabajo no los quiere nadita.... Ayer nomás echó a un hombre porque lo encontró sentado; ya varias veces lo había encontrado en la misma forma.... El hombre quiso disculparse diciendo que era enfermo del corazón y que a veces sufría ataques que lo dejaban por un rato como mareado... Y don Cayetano le contestó que si estaba enfermo que se quedara en su casa, que él quería en su taller hombres sanos y fuertes. A mí me dió lástima.... ¡Pobre hombre! casi lloraba. Y tendría hijos, y mujer, ¿no es cierto, papá?

D. Natalio. — Eh.... Ma ellos tienen la culpa: no se cuidan, e después se disculpan, se arrepienten, se afliquen, lloran... Eh.... Ma.... hay que mirar, primero. El arrepentimiento siempre llega tarde ¿eh? ¿Ma, peró Regino, no se levanta, eh?....

Elba. — Es que ustedes no saben engañarlo. Ya verán. (Se dirige al cuarto de Regino y llama). ¡Regino!... ¡Regino!.... ¡Mirá que son las siete menos veinte! ¡Se te hace tarde!.... ¡Ché, Regino!... ¡Ya se ha ido papá! (Pausa).

D. Natalio. — Ma.... esto es una cosa que no la veo bien, yo.... ¿eh? ¿En dónde estamo aquí?.... (Se dirige al cuarto de Regino).

D. Manuela. — Ya vas a hacer alguna de las tuyas....

D. Natalio. — ¡Cállese la boca, osté! ¡Yo nunca hago nada que no esté bien hecho!

David. — Bueno, yo me voy.... Hasta luego....

D. Manuela. — Hasta luego, mi hijo.

Elba. — No te olvidés, David.

David. — No..... no.... (Mutis por el foro).

ESCENA III

Don Natalio, Doña Manuela y Elba

D. Natalio. — (Dando golpes en la puerta) ¡Eh!.... ¡Requino!.... ¡¡Requino!!.... ¡Sacramento!.... ¡¡Requino!!.....

Elba. — ¡Pero papá!

D. Manuela. — ¡Natalio, por Dios!

D. Natalio. — ¡Ma qué Dios ne qué Cristo!.... ¿Quien soy yo?.... ¿Por qué no me contesta?....

Elba. — Bueno, papá, no se ponga así.... Ya se levantará.

D. Natalio. — ¡Cómo, que no se ponga así! ¿Yo no soy nada, entonce?.... ¿Soy un perro, yo?

D. Manuela. — ¡No hablés así, Natalio!

D. Natalio. — ¡Sinvergüenza! ¡Oh!.... ya sé por qué me hace ésto.... No se crea... ¡Pero yo soy quien manda en casa!.... Se no le gusta, ya sabe, el mundo es grande.... (Pausa) ¡Sinvergüenza!.... ¡Mal hico!..... (Don Natalio camina por la escena, sin rumbo, agitado. Entretanto, Elba consigue abrir la puerta del cuarto de Regino con la llave que ha tomado de la puerta de primer término. Abierta, Elba halla el cuarto vacío y permanece en el dintel, sorpresa. Don Natalio se sienta junto a la mesa, refunfuñando adjetivos de cualquier color).

Elba. — (Apenas, temerosa). Papá.... (Este no atiende y continúa murmurando. Elba se llega a Doña Manuela; bajo). Mamá.... ¡Regino no está en su cuarto!

D. Manuela. — ¿¡Cómo!? (Corre al cuarto de Regino). ¡Natalio! (En un grito).

D. Natalio. — ¿Qué hay?....

D. Manuela. — ¿Y Regino?

D. Natalio. — Ma..... ¿cómo? ¿E la puerta, cómo está abierta?

Elba. — Yo la he abierto....

D. Natalio. — ¿E Requino?

D. Manuela. — ¡No está!

D. Natalio. — ¿E cómo es esto?... ¿Se ha ido entonce?... ¡Ma imposible! (Golpes en la puerta de calle). ¿Quién es?.... ¡Adelante! (Aparece Ricardo en el foro).

ESCENA IV

Dichos y Ricardo

Ricardo. — Buenos días.....

Elba. — Ricardo....

D. Manuela. — ¡Oh, Ricardo!....

Ricardo. — ¡Caramba!.... Hubiera preferido llegar antes, para evitarles un mal momento, pero, con todo, aunque ya, por lo que veo, han notado la ausencia de Regino, les digo que no se alarmen....

D. Natalio. — ¿Cómo?.... osté sabe?.....

D. Manuela. — ¿Acaso?....

Elba. — ¡Habla, habla!....

Ricardo. — (A Don Natalio) Sí, sé todo. Sencillamente, usted sabe que los obreros del establecimiento de mi padre, aunque usted no sea partícipe de sus opiniones, han presentado una serie de pedidos, a fin de lograr vivir con un poco de más expansión; y como mi padre ha calificado de absurda tal petición, negándose rotundamente a acceder a sus aspiraciones, los obreros, reunidos todos en su local, anoche, han acordado....

D. Natalio. — La huelga....

Ricardo. — Eso es.....

D. Natalio. — ¡Canallas!.... ¡Sinvergüenzas!.... ¿Y Requino?....

D. Manuela. — ¿Y él?....

Elba. — ¿Qué hace?....

Ricardo. — No sé si ustedes ignoran que Regino es secretario de la sociedad.

D. Natalio. — Ya decía yo que ese muchacho con sus visitas a las asambleas, terminaría por ser un atorrante como todos los demás..

D. Manuela. — ¿Y ahora?

Elba. — ¿Lo han detenido, ¿tal vez?

Ricardo. — Nada de eso... Es que para evitar que algunos que creo son dos o tres obreros, pudieran traicionarlos, concurriendo al trabajo, han constituído varias comisiones, las que se ocupan de rondar las calles adyacentes a la fábrica. Y Regino, como es propio, ha permanecido toda la noche en el local de la sociedad....

D. Natalio. — Pero, miren un poco... ¡Requino!.... ¡Qué vergüenza!.... ¿Cómo me presento ahora, delante de Don Agustín?

Ricardo. — Yo, Don Natalio, le aconsejo que no vaya por ahora a la fábrica; total.....

D. Natalio. — ¡Eh!.... ¡cómo!.... ¿Por qué?....

Ricardo. — No es por nada, pero como el ánimo de los hombres se halla un tanto excitado, podría ¿sabe?.... algún incidente....

D. Natalio. — ¡Eh!.... conmigo se cuidarían muy bien!...

D. Manuela. — ¡Pero Natalio!....

Elba. — ¡No, papito, no vayas!....

Ricardo. — Total, yo arreglo con papá. Ya ve, son las siete menos cuarto y no ha entrado ningún obrero al taller.

D. Natalio. — ¡Es una vergüenza!.... ¡No puede ser!... Yo tengo que estar al lado de Don Agustín.... ¡hoy, más que nunca! Yo he sido siempre el hombre de su confianza. El me ha protegido, él me salvó de la ruina cuando después de tres años de continua vida de perro, me abrió la puerta de su casa.... Y ahora es él quien necesita de mí; y no es custo que yo me quede en mi casa con los brazos cruzados.... Después de todo, es incusto el proceder de los obreros. Don Agustín no merece semejante cosa. ¡Son unos canallas todos! ¡Y mi hico también!... ¡Más

que ninguno!

D. Manuela. — ¡Por Dios, Natalio!

Elba. — No se ponga así, papito. Tranquilícese. Ricardo se encarga de arreglar todo.

D. Natalio. — ¡No!... No es él, soy yo quien tiene que presentarse adelante del patrón, a ponerme a sus órdenes y a decirle que si el hico es un puerco, un desagradecido, el padre es un hombre, un caballero. ¡Pobre Don Agustín!

Ricardo. — Si todos los obreros del establecimiento de mi padre estuvieran tan agradecidos a su patrón como usted, por cierto que no sucedería lo que sucede.

D. Natalio.—¿Y quién no puede estar contento de Don Agustín? ¡Solamente esos estúpidos con ideas de locos! ¡Ah... la custicia.... la custicia!.... Peró, digame, Ricardo, Don Mariano, el capataz de la sección molinos ¿no ha ido tampoco?

Ricardo. — Hasta el instante en que yo abandoné mi casa, nó.... No había entrado un solo operario, uno solo.

D. Natalio. — Ma, ¿será posible?

Ricardo. — ¿Duda usted de mis palabras, Don Natalio?

D. Natalio. — No, no, qué esperanza.... Ma.... peró.... ¿sabe?.... yo no me doy cuenta... ¿Me comprende?... Y, dígame.... el capataz de la sección tanques, ¿tampoco ha ído...., Don Aurelio?

Ricardo. — Le repito, Don Natalio, que no ha entrado nadie al taller.

D. Natalio. — ¡Oh, Dío, qué vergüenza!.... Bueno, hasta luego....

D. Manuela. — Natalio, ¿qué vas a hacer?

Elba. — Papito, ¡por favor! (Interceptándole el paso).

Ricardo. — Don Natalio, es necesario ser más reflexivo... Piense bien en lo que va a hacer.....

D. Natalio. — Ricardo, disculpe... pero yo siento a la conciencia que me dice que debo ir... Y yo voy ¡pese a quien pese y sea lo que sea!

Elba. — ¡Papito!....

D. Natalio. — ¡Salca de ahí!... (mutis).

D. Manuela. — Dejálo que vaya, dejálo... Su conciencia se lo manda... ¡Pobre hombre!

ESCENA V

Doña Manuela, Elba y Ricardo

Ricardo. — Siempre creí a Don Natalio un hombre sano.

Elba. — Lo es, Ricardo.

Ricardo. — Permíteme que te contradiga, Elba: no lo es. Si lo fuera, vería que va quizá a estrellarse contra su propio hijo, contra el que es la médula de sus huesos, la sangre de su sangre, la vida de su vida.

Elba. — ¡Ricardo!

D. Manuela. — Es muy violento....

Elba. — Pero tiene un gran corazón.

Ricardo. — Los hombres que se dejan precipitar así, tan fácilmente, por la violencia, carecen de voluntad y de sentido común. Son hombres que no son hombres, y por consiguiente, se debe dudar de su gran corazón.

Elba. — ¡Pero Ricardo! (Reconviniéndole).

Ricardo. — ¡Qué! acaso me piensas un desequilibrado por que hago estas reflexiones?.... Creo que son reflexiones muy cabales.....

D. Manuela. —¿Pero usted, Ricardo, no lo ha visto a Regino?

Ricardo. — Sí señora, lo he visto y me ha visto, pero hizo como si no me viera. Al pasar por mi lado dió vuelta el rostro, como si mi presencia le causara repulsión. Y así, con la mirada en el vacío, se alejó de mí, como quien huye de un enfermo infeccioso.

D.Manuela. — Tal vez distraído, Ricardo... En estos momentos, usted sabe....

Elba. — El te aprecia demasiado....

Ricardo. — El es un hombre... Creerá que yo, valiéndome de la amistad que nos une desde la infancia, seré el llamado a influír para dar término al conflicto. Me pensará él y todos, el más posible intermediario en la emergencia. Y es por eso que evita todo encuentro conmigo, y por eso también se abstiene de hablarme, guardando la distancia circunstancial que nos separa.... El es el obrero; yo soy el hijo del patrón.

ESCENA VI

Dichos y Regino

Regino. — (Por el foro) Buenos días.

D. Manuela. — (Yendo a él) ¡Hijo!

Elba. — (Idem) ¡Regino!

Regino. — ¿Y papá?

D. Manuela. — Se ha ido.

Regino. — ¿Pero dónde? ¿A trabajar?

Elba. — No....

Regino. — Entonces el viejo está con nosotros, también.

Ricardo. — No, no está con ustedes: tu padre ha ido a ponerse a las órdenes del patrón.

Regino. — ¡Oh, me lo imaginaba, me lo imaginaba! Pero no logrará ponerse delante de su señor.... Ya se encargará alguno de impedírselo (Mutis a su cuarto).

ESCENA VII

Doña Manuela, Elba y Regino

D. Manuela. — ¡Oh, Dios mío! ¿qué irá a suceder?

Elba. — Ricardo, ¿por qué no haces tú que se reconcilien?

Ricardo. — ¿Yo?... Bien... Déjenme solo... Hablaré con Regino.

Elba. — Sí, Ricardo, ya verás como contigo no se opondrá a nada... Háblalo...

D. Manuela. — Hágalo por nosotras, Ricardo, por lo mucho que a usted le queremos.

Ricardo. — Pierda cuidado, señora: haré lo posible... Retírense, que ahí viene Regino!

D. Manuela. — Sí, sí... (Mutis, seguida de Elba. Regino aparece con rumbo a la calle).

ESCENA VIII

Ricardo y Regino

Ricardo. — Ché, Regino.

Regino. — (Deteniéndose) ¿Qué querés?

Ricardo. — ¿Dónde vas?

Regino. — A ocupar mi puesto.

Ricardo. — Estás apurado, parece....

Regino. — Es que estas cosas no se deben desatender ni un solo minuto.

Ricardo. — Tenés razón... Pero quiero conversar con vos algunas palabras.

Regino. — Si vas a referirte al movimiento, me va a ser imposible atenderte, pues no soy quién para tratar nada, aquí a solas, que sea de interés general; para eso tenemos nuestro local, en el que se atiende y se dan explicaciones a todo el que desee darlas o recibirlas.

Ricardo. — Está bien, pero yo no voy a pedirte nada, Regino; sólo quiero saber por qué ladeastes la cara, hoy cuando pasastes junto a mí.

Regino. — Mirá, Ricardo, yo no acostumbro usar tapujos para decir las cosas.... y te imagino un muchacho muy suficientemente capaz para darse cuenta de que en estos momentos toda la amistad que existe entre nosotros ha quedado a un lado, para ser ambos, sencillamente, ahora, yo, el obrero y vos....

Ricardo. —. El hijo del patrón.....

Regino. — Lo que equivale a decir, el socio del patrón o el defensor más acérrimo y cercano de los intereses del patrón.

Ricardo. — ¡Nó, Regino, nó!

Regino. — ¡Sí, Ricardo, sí! Y no hablemos más, pues ya veo que vamos a pasar a lo que no debo en este lugar.

Ricardo. — Pero ché, yo soy....

Regino. — Todo lo que vos quieras, pero ya te he dicho, nada tenemos que hacer con lo demás.... Vos sos el novio de mi hermana... y ella es la única encargada de decidir su suerte.

Ricardo. — No, no, Regino; no nos salgamos del punto capital del asunto. Permitime un momento... Nosotros somos dos hombres al servicio del establecimiento metalúrgico "La Internacional", propiedad del señor Agustín Riobasteche... Vos sos un obrero de su taller y yo un escribiente de su oficina... Vos sos el hombre fuerte y aguerrido que trabaja diez horas, frente a la fragua, rompiéndose las manos entre los hierros y el yunque, tostándose hasta el alma frente a la enorme hoguera, consumiendo sus energías todas, dando la vida por la vida misma, mientras amasa la inmensa fortuna del hombre que nunca supo de trabajos y miserias y que es su explotador y su verdugo... y yo soy el hombre inútil, el que jamás sería nada sin los que lo rodean, el que vive una vida endeble, el encargado en fin, de cuidar el oro que vos producís. Pero soy sano por algo; y ese algo son las ideas que tengo, ideas que me han hecho comprender a mi progenitor y renegar de él; ideas que indican a los miopes el camino a seguir para la felicidad de todos; ideas que están contra las leyes, que trabajan por la desaparición de los explotadores y explotados, que quieren que los hombres constituyan una sola y gran familia gobernada por el amor, y que desde hoy, ante un dilema que me ha planteado mi propia conciencia, estoy decidido a actuarlas, por su victoria, ¡por la victoria de la revolución social!

Regino. — ¡Pero Ricardo! ¿sabés lo que estás diciendo?...

Ricardo. — ¡Oh, Regino! ¿vas a dudar de tu amigo de la infancia? ¿No creerás que soy tu compañero por el espíritu? ¡Ah! es claro.... Es que ignorabas vos que Ricardo, que no ha sufrido en carne propia las injusticias y las vejaciones de la clase capitalista, vivió siempre, a pesar de ello, con la vista atenta sobre el dolor de los explotados; y es por eso que sabe de sus miserias, de sus humillaciones, de sus hambres; y es por eso también que como ellos ha sentido el vehemente deseo de rebelarse contra tanta infamia, contra tanta mentira y tanto vilipendio.

Regino. — ¡Ricardo!... ¡Compañero!... ¡Hermano!.....

Ricardo. — ¡Sí, Regino! Y ahora que sabés la verdad que ocultaban mis morales cobardías, no me disparés más, que yo también quizá pueda jugar en la partida de ustedes, a una carta de vida o rebelión. (Se oye a Don Natalio que llega, renegando fuertemente).

Regino. — ¡Mi padre!

ESCENA IX

Dichos y Don Natalio

D. Natalio. — (Foro) ¡Mala cría!... ¡Sinvergüenzas! ¡Canallas!.... (viendo a Regino) ¿Y vos estás aquí, mal hico?.... ¿Para ésto te he criado, yo?... ¿No tenés vergüenza?....

Regino. — ¡Papá!....

D. Natalio. — ¡Desagradecido!... ¡Oh, Dío!... ¿dónde puede ir un padre con hicos semecantes?....

Regino. — ¡Donde no podrías ir con un hijo crápula y sin conciencia!

D. Natalio. — Salca de ahí... ¡perdido!

Regino. — ¡Papá!...

D. Natalio. — ¡Cállese la boca! ¡Yo soy su padre, y no quiero hicos que lo avergüencen a uno!

Ricardo. — Pero Don Natalio, ¿qué le ha pasado?

D. Natalio. — ¡Eh!.... ¡qué quiere que me pase!.... (Entran Elba y Doña Manuela).

ESCENA X

Dichos, Elba y Manuela

D. Natalio. — Que allí, una punta de atorrante me atajaron y no han querido dejarme pasar; por último, he tenido que mostrarle que no soy una oveca y le rompí la cara a uno de ello....

D. Manuela. — Sí, pero vos también estás lastimado....

Elba. — ¡Oh, sí!... ¿no vé?.... (Regino hace mutis, siendo visto solo por Ricardo).

ESCENA XI

Dichos, menos Regino

Ricardo. — ¿No vé, Don Natalio?... Si usted hubiera hecho caso a mis indicaciones, no habría sucedido nada...

D. Natalio. — Bueno... bueno... salcan de ahí; dequenmé solo; yo no me aflico por eso... (Golpes en la puerta de foro). ¡Eh! ¿quién es? A ver ahí quien llama...

Voz de afuera. — ¡La policía! (Elba abre la puerta de foro y aparecen Soldado 1º y 2º, armados de máuser).

ESCENA XII

Dichos y los soldados

Soldado 1º — ¿El señor Don Natalio Franchini?

D. Natalio — ¡Eh, soy yo! ¿qué hay?

Soldado 1º — El señor Don Agustín Riobasteche nos manda para qué le acompañemos a su escritorio.

D. Natalio. — ¡Ah!... ¡muy bien!... ¡Ahora sí!.. ¡Que me atajen ahora! ¡que me atajen ahora!... Vamos!....

Elba. — No, papito, no vayas!...

D. Natalio. — Eso no puede ser.... ¡Vamos! (Mutis. Los soldados le siguen).

D. Manuela. — ¡Ah... Natalio!... ¿Dónde vas?....

Ricardo. — (Desde el foro) ¡Qué vergüenza!... ¡Como las bestias.... al matadero!

TELON

Existen anarquistas que hasta ahora se consideraron como tales y talvez se considerarán todavía, pero que en realidad no lo son ya, pues aceptan la idea de dictadura. A este especie de anarquistas es preciso abrirles las puertas.

NICOLÁS LENIN.

VALORES GREMIALES

¿Todo el poder a los sindicatos?

Amo la organización obrera y considero que todo hombre que ame y aspire a un futuro mejor, debe prestarle su concurso moral e intelectual, por ser ella campo propicio al desarrollo de la inteligencia del obrero, en el cual se acostumbrará a vislumbrar los altos ideales de liberación social.

Es en el sindicato donde el obrero, carente de agilidad intelectual, puede adquirirla, y prepararse como luchador para la batalla contra los poderes que lo oprimen.

Pero, no doy por eso al sindicato el valor que le dan algunos compañeros, considerando que son más los obreros que se organizan por interés personal que por sentimiento de solidaridad, yendo a la organización llevados por ese espíritu utilitario y no por hacer de ella un baluarte de defensa y un medio para su progreso moral e intelectual.

Por un obrero aplicado al estudio, existen diez que sienten aversión a él, y por tal motivo ignoran cual es la misión social que debe tener el sindicato, tanto para su bienestar presente como para el futuro.

Existen, sí, en el sindicato, muchos hombres rebeldes, que tienen intenso odio al despotismo patronal, pero todo ese odio y manifestación de rebeldía es hijo del malestar que sufren, odio y rebeldía que se disipan al primer olvido en su situación económica.

¿No hemos de pensar entonces, en el error de los que pretenden hacer del sindicato nada más que un amalgamiento de hombres, con esa su divisa de que la unión obrera ha de estar por encima de todas las ideologías?

¿Acaso no sabemos y nos lo dice la experiencia de la lucha sindical, que son muchos los obreros que se organizan o ingresan a un sindicato, solamente con el propósito de valerse de éste como de un medio de defensa para que la explotación capitalista no se ensañe duramente sobre sus espaldas? ¿No sabemos también, por otra parte, que el obrero al organizarse, confía más en el apoyo sindical, que en su fuerza de conciencia y voluntad, para obtener una mejora?

Y esa rebeldía instintiva y esa negligencia para el estudio, que es característica en muchos obreros, ¿no es un peligro para el desenvolvimiento del sindicato mismo, como precursor del futuro, así en lo individual como en lo colectivo, cuando se dice, «todo el poder a los sindicatos?»

¿Se podrá afirmar que padecemos de un error los que no participamos de esa opinión del «poder al sindicato», opinión o concepto que tiende a hacer residir en él toda la autoridad?

La orientación gremial basada en este concepto o influída del mismo, es una orientación que no puede llevar a la libertad.

El hombre rebelde, sin un ideal libertario que lo oriente, es más que probable que sea al fin de cuentas un amante decidido de todo entronizamiento, que no un luchador abnegado por una causa de libertad.

Sólo una minoría en todos los sindicatos, aspira al surgimiento del hombre libre. La mayoría, aun cuando también aspire a la libertad, no realiza nunca ningún sacrificio por gozarla. De ahí es que ponga sus esperanzas en un tercero, que sea el protector; y de ahí es que surja a cada rato el político aprovechador.

Digo, pues, que el sindicato es bueno, solamente cuando sirve como de escuela forjadora de voluntades luchadoras, y cultivadora del sentimiento de libertad. Y por eso no creo beneficioso para nadie, y menos para nosotros, que se adopte en ellos como finalidad, ese concepto a que me he referido, de «todo el poder a los sindicatos».

¿Quién podrá negar que en los primeros momentos de la revolución, esos poderes de los sindicatos no derivarían, naturalmente, a los consejos de las federaciones? ¿Y no tendríamos de esta manera una dictadura gremial?

No, no hagamos, entonces, del concepto que combatimos, una doctrina revolucionaria y menos de construcción. Concluiríamos así por convencer a los mismos obreros, de que ellos estan destinados a mandar. Tal finalidad es perniciosa para todos; no haría más que retrotraernos al régimen de la autoridad.

«Todo el poder a los sindicatos», pues, es una idea que debe ser combatida, y vale tanto como si nosotros dijéramos frente a la poca actividad, a la poca lucha, al objetivo utilitario e inmediato de las sociedades obreras: «todo el poder a las agrupaciones anarquistas y afines que se formen en los sindicatos».

RAUL NANCY.

"Por el amor"

De éste drama social, bien del ambiente y de la hora actuales, que comenzamos a publicar en la presente edición de «Ideas», vamos a hacer un libreto, lo más barato posible, que venderemos a beneficio de éste mismo periódico. Al final del libreto, como una yapa o como un adorno tipográfico, le agregaremos

"EL DEPORTADO"

Así tendrán los compañeros, dos cosas buenas y baratísimas en un solo haz. Pero, necesitamos dinero para tal obra, ¿y a quién, sino a los propios camaradas hemos de recurrir para que nos lo presten? Y bien, compañeros, ayudadnos con lo que podáis. Nosotros apuntaremos vuestros envíos y os devolveremos en libretos el préstamo o el adelanto que habréis hecho.

Salud, pues, a todos los que nos ayuden. Y a todos los que no nos ayuden, salud también.

"El terror bolchevique" y Máximo Gorki

El libro es la personificación de su autor, su retrato o su sombra. Según sea de investigación, argumentación o divulgación, este se nos presenta como pensador o crítico.

En cualquier terreno que se coloque, lleva al pueblo luz o tinieblas; y según sea, también, imparcial o lo contrario en el asunto que trate, tendrá tanta influencia en la mentalidad popular como simpatías goce entre las multitudes, el escritor.

El libro es, en sociología, el maestro único de jóvenes y adultos carentes de una educación integral, como la prensa es modeladora de opiniones. Uno y otra se complementan.

Habemos muchos hombres rústicos entre la masa anónima, que sin conocer la obra de ciertos escritores, sentimos simpatías hacia ellos en virtud de la popularidad adquirida como sinceros, y cuya firma al final de un libro o de un artículo en la prensa, sirve a veces para poner término a una discusión entablada sobre puntos obscuros.

Los que estamos alejados de ciudades industriales, en donde hay bibliotecas y centros culturales que dan a conocer enseguida el valor de un nuevo libro aparecido, nos interesamos en conseguirlo por el título que lleva y firma del autor, al que quizá no habíamos leído nunca pero creíamos rebelde; mas nos encontramos que lo que más brilla (por su ausencia) es la rebeldía. Y como me ha sucedido a mi, le habrá sucedido a muchos, por no habérsele hecho a su tiempo la crítica necesaria.

Uno de estos libros y autores es el que encabeza estas líneas y sobre el cual voy a dar mi opinión, para evitar en lo que pueda que a otros les suceda lo que a mi, que por no saber, compren lo que no sirve más que para desmoralizar al que no esté bien compenetrado de nuestra doctrina.

De la última parte de este libro que nada tiene que ver con el título, nada tampoco tengo que decir yo, sino es mi aprobación; es de las contradicciones y vaguedades de la primera que quiero ocuparme. Y vamos al grano.

En la página 10 de su primer artículo, 5 de Abril de 1917, dice: «A su vez la democracia revolucionaria debe compenetrarse de la idea de su responsabilidad ante el país, debe comprender toda la importancia que tiene la salud del Estado, asi como la necesidad absoluta de tomar parte activa en la organización económica de Rusia, en el desarrollo de su energía productora, en la defensa de su libertad contra todos los atentados de dentro y de fuera».

...«Hasta ahora no hemos conseguido más que una sola victoria: apoderarnos del poder político. Tenemos que ganar otras muchas batallas, infinitamente más dificultosas. Mas, ante todo, es preciso triunfar de nuestras propias ilusiones».

Sobre el mismo tema, páginas 88 y 89, de 19 Diciembre. «¡El poder! No existe para los humanos veneno más peligroso que el poder. Y es necesario ponernos en guardia para que este veneno no nos emponzoñe la sangre, convirtiéndonos en antropófagos, más repugnantes aún que aquellos contra los cuales combatimos toda la vida».

Estas apreciaciones del Estado, tan opuestas, no pueden menos que llamarnos la atención, pues no creemos que un escritor de la talla de Gorki pueda contar como única conquista del pueblo «la posesión del poder», y luego cuando este fué derribado por otro que prometía abolir la propiedad privada, que el primero respetaba, diga que «no hay veneno más peligroso».

Por donde quiera que se le mire, sólo una cosa resalta: la defensa de la democracia burguesa con el correspondiente peligro para los obreros de haberse sacrificado inutilmente por la verdad y la justicia, sin que se hayan detenido ante ningún peligro; y esto es una traición imperdonable, máxime cuando en la página 16, de 23 de Abril, dice, refiriéndose a las luchas sociales: «No encuentro expresión bastante dura para condenar a esos hombres que pretenden argumentar por medio de las balas, de las bayonetas y de los puñetazos». ¿No concede a la democracia el derecho a «defender su libertad contra todos los atentados?» ¿Como nos explica entonces negarle al pueblo el mismo derecho?

¡Ah, parece que el autor de «Los Vagabundos» se ha olvidado, al presente, de la injusticia humana que entraña la existencia de clases sociales, de trabajos y goces tan opuestos!

Pero como todo equilibrista acostumbrado a hacer piruetas, tiene que balancearse, deshaciendo y volviendo a rehacer lo que hizo y deshizo otras veces. El también nos sale en la página 22, de 2 de Marzo, con otro párrafo que si no desmiente el primero, justifica por lo menos la obra que en él condena; helo aquí. «Sin embargo fuera injusto olvidar los verdaderos héroes, a aquellos hombres que sacrificando con entusiasmo su vida, consiguieron aniquilar el odiado régimen de la injusticia y de la violencia». Estos párrafos contradictorios y llenos de vaguedades, buenos para aplacar las iras del pueblo, nos parecen propios de un reformista, pero no de un revolucionario, y menos aún en los tiempos de revuelta en que el pueblo, con las armas en la mano (y quizá apoyado en sus doctrinas). luchando contra todo lo vetusto y anacrónico, derribando tronos e instituciones milenarias, preveía su completa liberación social.

Esto no es tolstoísmo ni bakuninismo ni nada que se parezca a criterio determinado, por cuanto combate la violencia y reconoce su acción salvadora. Es un eterno descontento contra todo lo que signifique desobediencia a las personalidades políticas, intelectuales, etc.

Protesta contra el Comité del regimiento Izmaglov, por que mandó 73 artistas a las trincheras, hombres de talento; como si la guerra fuera solo desastrosa por consumir una parte de los que él llama «hombres cumbres», absteniéndose de mencionar las causas de ambición que la generan. Protesta contra los ataques que le hacen a la familia ex imperial y sus allegados; contra la ambición de los campesinos, en los que no vé más que ladrones y egoístas que «todo lo que producen lo comen o lo venden» (¡como si no fuera esto el orden en la propiedad privada!), y solo aspiran a posesionarse de más tierras.

Protesta contra el barbarismo popular por que emplea procedimientos salvajes contra los ladrones, y quiere hacerlo responsable de las injusticias (según él), que el gobierno comete: y a pesar que reconoce que todos estos desmanes del pueblo obedecen a la falta de instrucción del mismo, dice en un párrafo, página 46, de 27 de Julio: «El divorcio entre la clase intelectual y la clase obrera, quizá sea de utilidad para la primera. Talvez impulsará a los intelectuales a unirse en una compacta y potente organización, capaz de llevar a cabo una labor cultural intensa».

Esto, salido de la pluma de un maestro del pueblo, nos parece algo extravagante, porque debiendo ser todo el pueblo en conjunto, cincelador de una nueva escultura social, no concebimos que pueda hacerse más obra; y además, ¿a quién van a educar los intelectuales si se divorcian de la clase obrera?

Talvez se vayan a Marte y de allí dirijan la batuta hasta transformar la cultura popular. En fin, Gorki sabrá con qué se come eso.

En la página 31, de 18 de Mayo, tiene un párrafo que refleja de cuerpo entero el interés que él persigue: «Obráis perfectamente al denunciar el ansia de lucro de nuestros industriales. Tal es el deber sagrado de todo defensor de la justicia, de todo paladín de la verdad. Pero la polémica es siempre un arma de dos filos. Al combatir la rapacidad de los industriales, os olvidásteis de la misión eminentemente cultural de la industria de los estados».

¿Hay algún explotador que se coloque en peor terreno, desde el punto de vista revolucionario, y arguya mejor, en defensa del capitalismo? ¡Que la rapacidad de los industriales es una eminencia de cultura! ¿No será igual que decir que el parasitismo burgués es la base de la ciencia?

Todo es posible en Gorki, tan defensor de la anarquía como Lombroso y mucho más extenso que aquel en encontrar en los hombres predisposiciones a la maldad.

Digo que es tan defensor de la anarquía como Lombroso, y voy a probarlo, para que no se me tache de despechado, reproduciendo un párrafo de la página 64, de 7 de Noviembre: «Cuando menos Stolypin y Plewe, eran enemigos declarados de la democracia y de cuanto significaba amor a las ideas igualitarias; mientras que a Lenín le sigue una parte bastante numerosa (por lo menos ahora) del proletariado, pero abrigo la absoluta convicción de que el buen sentido de la clase obrera, su conciencia de la obra histórica que está llamada a realizar, abrirán muy pronto los ojos al proletariado y comprenderá éste, entonces, la falsedad de las promesas de Lenín, toda la extensión de su locura y el carácter anarquista de sus ideas, semejantes a las de Nechagev y Bakunin».

Y este otro, que por lo sabrosamente raro, no le va en zaga al anterior. Es de la página 75, de 6 de Diciembre. Dice así: «La masa anónima que llena fábricas y talleres, encontró ideólogos de su anarquismo zoológico y de sus bajos instintos exasperados. Esos jefes de los «esclavos sediciosos», tratan ahora de poner en práctica—según frase de Kerenski,—no los conceptos de Marx sino las pobre ideas de Proudhon»...

Ya véis; «El terror bolchevique» que vió Gorki, no es otro que haber inducido al pueblo a adueñarse de lo que le pertenecía, sin tener en cuenta intereses creados, que disfrutaba la burguesía. ¿Qué más podía haber dicho un burgués del 89 en Francia y universalmente hoy? Protesta contra el pueblo por su irreverencia a la propiedad privada, y contra el gobierno por su revolucionarismo; a uno y otro les llama «vendidos»; y más que por otra cosa ninguna, protesta porque han prendido sin causa (según él), a los antiguos ministros del Zar. ¿Pero en qué quedamos? ¿No dice al principio que el Estado debe de «defenderse de los ataques de dentro y fuera?»

Si fuera la defensa de la libertad del pueblo lo que lo indujo a protestar contra los bolcheviques y tildar a su gobierno de terrorista, nunca con más causas que al presente, que encarcelan y fusilan las mejores fuerzas de la revolución, y que por sostener su gobierno están matando al pueblo de hambre y volviendo a capitalizar a Rusia, libre un instante del flagelo de la propiedad privada. ¡Y sin embargo, no solo no sabemos que lo ataque, sino que tenemos entendido que fué su colaborador, hasta salir hace poco de Rusia!

No dudamos de ello, ni nos extraña, teniendo en cuenta la naturaleza de estos escritos y su publicación, hecha en el momento en que el pueblo estaba en la calle luchando por su liberación, y que más necesitaba del apoyo moral de sus maestros que dieran fuerzas a la flaqueza, para arrollar los obstáculos múltiples opuestos como barrera infranqueable. Y debiendo ser Gorki uno de los más influyentes intelectuales entre el pueblo tiranizado, nos apena pensar en los males que habrá causado desconcertando a la masa timorata, predestinada, no como él mismo dice, a la maldad, sino a confiar a otros sus sagrados intereses.

¡Y pensar que este libro hace nueve meses que «La Protesta» lo anuncia en venta, sin que nadie le haya hecho la crítica que se merece! No se encuentra otra finalidad en él que la de sostener a las multitudes en el marco de lo legal, por cuanto sus apreciaciones de la Anarquía harán que ellas aborrezcan a los que le hablan de hacer la revolución en nombre de esta. El mismo dice en la página 85: «En las actuales circunstancias en que nuestro país se encuentra, la revolución social es una insensatez». Para él lo era entonces y lo seguirá siendo siempre, y sí, como dijo alguien, «la revolución social será anarquista o nó será nada», «El terror bolchevique» en nuestras bibliotecas será una planta de cicuta en medio de un gran tablón de perejil, planta que hay que sacar para evitar intoxicaciones.

Para que esto no vuelva a suceder, deberían antes de anunciar un libro, leerlo, y el que sirva, anunciarlo, pero el que nó, al fuego, que es el mejor purificador.

ANTONIO VIVEZ.

Ateneo O. E. "Eliseo Reclus"

ENSENADA

Balance de la función realizada por este Ateneo, en el salón «Estudiantes del Sud», de Ensenada, el sábado 23 de Septiembre de 1922

ENTRADAS.—Por 175 entradas a 0.70 cada una, $ 122.50. Por 88 de mujer a 0.40, $ 35.20. Donación de un compañero 0.70; de otro 0.20 y de otro $ 1.00. Total de entradas $ 159.60

SALIDAS.—Alquiler del salón 35.00. Decoraciones 28.00. Músico 18.00. Gastos varios 1 00. Oradores 16.00, Permiso municipal 4.75. Imprenta 19.00. Peluquería 5.00. Total de salidas $ 126.75.

Beneficio $ 32.85

EUGENIO FIDELIBUS.
Tesorero

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Armstrong.—J. Giudici 2.00.

Buenos Aires.—María Buela 3.00, F. Faragasso 0.45 por «El Deportado» y 1.15 para «Ideas».

Calfucurá.—B. Vidal 3.00.

Chanilao.—S. de Carlos 5.00.

Hernando.—C. Cunillera 2.00 por int. de «La Protesta».

La Plata.—A. Imperial 1.00, F. A. Greco 1.00, C. Restelli 1.00. S. Izquierdo 1.00, Cualquier cosa 0.20, María Guglielmino 1.50, F. Leandrini 2.00, L. Piasenti 1.00. Pagani 1.00, J. G. R. 1.00, E. Gomez 0.40, F. Carril 0.70, A. C H. 1.

Lincoln.—H. B. Papávero 0.50.

Meridiano 5°.—Santos 1.00

Mercedes.—(San Luis).—A. Funes 3.00.

Mendoza.—C. A. Manganelli 0.25, Josefa Manganelli 0.25, Rosa A. Manganelli 0.25, Ilda Fernandez 0.25, P. Alvarez 0.50.

Madariaga.—F. Lopez 2.00 por int. de «La Protesta».

Puerto Mar del Plata.—Biblioteca P. «Tierra y Libertad» 2.20 por int. de «La Protesta».

Punta Alta.—M. Eyroa 5.00.

Pergamino.—Agr. A. «Brazo y Cerebro» 4.00.

Rosario de la Frontera.—J. Graciano 1.00, por int. de «La Antorcha».

Santa Lucía.—B. Medina 2.00 por int. de «La Protesta«.

San Fernando.—Centro Floreal 5.00.

Tres Aroyos.—F. Lattelaro 2.00, como donación, L. Fernandez 1.60.

Veinticinco de Mayo.—E. Latelaro 1.00 por nuestro folleto.

Total de entradas $ 61.20.

Salidas.—Impresión de este número (2.000 ejemplares) $ 85.00. Franqueo $ 8.00. Total $ 93.00.

Saldo anterior.......	$ 108.31
Entradas............	» 61.20
Suma..	$ 169.51
Salidas..............	» 93.00
Para el número siguiente..	$ 76.51

PARA EL COMITÉ PRO PRESOS DE LA PLATA

Meridiano 5°.—Santos 1.00.

Mercedes. (San Luis).—Antonio Funes 3.00.

La Plata.—J. G. R. 1.00.

PARA «LA ANTORCHA» DE BS. AIRES

Calfucurá.—Benigno Vidal 3.00.

PARA R. FLORES MAGÓN Y L. RIVERA

Tres Arroyos.—Lorenzo Fernandez 1.00.

Para «Cultura Obrera» de Nueva York

San Fernando.—Centro Floreal, de una lista 5.50.

PARA «AMÉRICA» DE BOSTON

San Fernando.—Centro Floreal, por venta de quince revistas 7.50.

CONFERENCIA

EN LA OPERAI ITALIANI, CALE 12-57 Y 57

a las 4 de la tarde

EL DOMINGO 5 DEL CORRIENTE

Oradores: Delia Barroso y R. Gonzalez Pacheco

Quedan invitadas las Obreras Alpargateras

Federación Obrera Local Comunista.

Agrupación IDEAS.